

## Balance patriótico

*“Hace días he visto al pueblo agrupado en torno a la estatua de O’Higgins.  
¿Qué hacían esos hombres al pie del monumento? ¿Qué esperaban?  
¿Buscaban acaso protección a la sombra del gran patriota?”*

Vicente Huidobro

Era cerca del mediodía, pero la visibilidad en la ciudad era más bien la de un ocaso. La nube de humo negro ya había cubierto casi toda la silenciosa ciudad. Solo la torre del Costanera Center lograba asomarse por sobre los nubarrones de smog, los cuales se diluían bajando hacia el poniente. Esto permitía que se formaran lagunas entre los nubarrones por donde se filtraban haces de luz, como de iluminación divina, sobre la superficie. Claro que no había ni una sola alma en las calles de Santiago que aprovechara esa poca luz.

La alarma y los planes de evacuación había hecho su trabajo. Desde que se supo la noticia de la inminente erupción del volcán Maipo que todos comenzaron a huir en masa de la ciudad. Primero fue una tenue columna de humo. Luego vinieron los temblores, cada vez más fuertes, y la lluvia de cenizas. El pánico se encargó de hacer el resto.

Entre las solitarias calles de la ex capital se encontraba la cripta de Bernardo O’Higgins. Una larga rampa de mármol conectaba la solemne explanada donde empezaba el paseo Bulnes con la cripta. Uno de esos poderosos haces de luz solar, que atravesaban los nubarrones, se filtró bajando por la rampa y llegó hasta la pomposa urna donde reposaban los restos del prócer. “Aquí yacen los restos del prócer, esperando el día de la resurrección de la carne”, rezaba su tumba, de mármol blanco, y elevada a cerca de cinco metros de altura, con una escultura griega a cada lado. La usual tranquilidad del mausoleo se interrumpió cuando la tapa que cubría la urna soltó un crujido chillón y se movió unos centímetros.

Arriba, en la plaza, ya había más actividad. La estatua ecuestre del Libertador, bañada por los mágicos rayos de luz, milagrosos en una ciudad gris teñida de cenizas, comenzó a moverse. Primero torpemente el cuello, luego las facciones de la cara. En unos momentos, don Bernardo ya estaba mirando a su alrededor. Se encontraba arriba de un pedestal, y su caballo

estaba aplastando un soldado español que había roto el silencio con unos ahogados gritos de dolor.

O'Higgins desenvainó su espada dispuesto a acabar con el sufrimiento de ese pobre desgraciado.

—No te molestes, es de piedra —le dijo una voz a su izquierda.

Quien le había dirigido la palabra era ni más ni menos que el general José Miguel Carrera. Alguna vez su aliado, y también némesis.

—Es solo un pobre diablo, Riquelme. No vale la pena —le espetó Carrera.

O'Higgins, al escuchar ese nombre, no pudo evitar sonrojarse de rabia. Hacía años que no lo llamaban así, y si bien era el apellido de su amada madre, sabía muy bien la connotación que le querían dar sus adversarios.

—Para ti es fácil decirlo ¿no? —rompió su silencio O'Higgins— te encanta dejar morir al prójimo. Tal como hiciste conmigo en Rancagua —exclamó el chillanejo, con un claro dejo de amargura en su voz.

Carrera pensó “iya empezó este resentido con Rancagua!”. Sabía a dónde lo llevaba esa discusión, pero su lengua fue más rápida que su raciocinio.

—¡Esa batalla se perdió por tu culpa! Te advertí que tu plan de atrincherarte era una pésima idea. Si tan solo me hubieses hecho caso cuando te ordené ir a Angostura de Paine...

—¡Fui a auxiliar a tu hermano Juan José! Los españoles le venían pisando los talones. Tú perfectamente pudiste haber evitado la masacre. Pero el cobarde de Luis Carrera, estando a cien metros de Rancagua, le dio miedo intervenir y retrocedió...

—¡Eso sí que no te lo permito! Luis regresó porque vio que la batalla estaba perdida...

—¡O porque tú se lo ordenaste! Porque preferiste sacrificar a cuatro mil hombres, incluyendo al inepto de Juan José, solo para eliminarme a mí, ¿verdad? ¡me tenías miedo porque te hacía sombra!

Esa provocación Carrera no la toleró. Con el rostro deformado por la cólera, jaló las riendas de su corcel y dio un salto que lo bajó del pedestal. El impacto dejó grietas en el piso, y O'Higgins lo imitó.

—No voy a aceptar esta insolencia, Riquelme. ¿Por qué le voy a tener miedo a un huacho de provincia? isin linaje ni formación militar! iyo peleé contra Napoleón! iyo le di a la Independencia el impulso que necesitaba! iyo le di a Chile sus primeros símbolos patrios!

—¡Me envidias porque mi padre fue Virrey! Me envidias porque sin tener tu formación y tus estudios, perdiste la guerra mientras que yo reconquisté Chile!

—Ha-ha-ha, por favor ino me hagas reír! San Martín y tu logia bastarda hicieron todo el trabajo, tú eras solo un títere...

—No dijeron lo mismo tus soldados en Quechereguas, o en El Roble. ¿Recuerdas El Roble? Esa batalla la gané yo, yo solo la di vuelta. Estábamos a punto de perder luego de que tú, cobardemente te arrojaras al río para salvar tu vida io ya se te olvidó que por eso la Junta de Gobierno te destituyó y me dio tu puesto! ¡por cobarde e inepto!

Esa fue la gota que derramó el vaso para Carrera. Desvainó su espada, y arremetió contra O'Higgins. A caballo, las estatuas de ambos próceres se batieron en un duelo de esgrima, mientras Carrera le echaba en cara el tratado de Lircay y la Batalla de Tres Acequias.

En eso estaban cuando, repentinamente, un estruendo retumbó en toda la tierra. Ambas estatuas voltearon, y vieron al poderoso volcán Maipo expulsar con toda su furia una masa de roca y lava. Ésta voló por los aires como un auténtico meteorito, y cayó en la esquina de Carmen con Eleuterio Ramírez, arrasando con varios edificios de departamentos en su trayectoria. El impacto fue tan fuerte que los caballos se asustaron, relincharon en dos patas y tiraron a sus jinetes al piso.

O'Higgins y Carrera, que a pesar de ser de piedra quedaron adoloridos por la caída, se incorporaron trabajosamente y procuraron calmar a las bestias. El chillanejo tardó menos, tenía sus trucos de campo para calmar a los caballos, y con un silbido como de chincol apaciguó a su corcel. Miró hacia los pedestales donde solían estar y dijo:

—¿Quién habrá sido el idiota que tuvo la brillante idea de ponernos juntos?

—No lo sé, creo que fue con motivo del Bicentenario — exclamó Carrera—. La idea era mostrar algo así como reconciliación.

—¿Bicentenario? ¿tanto tiempo ha pasado?

—Pues sí. Y así y todo no me acostumbro a la idea de que estés al lado mío en mi plaza.

—Mi plaza? ¡yo llegué primero! —le recordó O'Higgins.

—Está bien, está bien. No quiero pelear más —dijo su rival mientras se subía al caballo—. Mejor vamos a ver qué encontramos por aquí. ¡Tanto que ha cambiado este reino!

O'Higgins prefirió hacerle caso, y lo acompañó a galope a cruzar la Alameda. Mientras avanzaban por calle Teatinos, el chillanejo pensó que antes ese edificio tan grande del italiano Joaquín Toesca, La Moneda, era la casa donde se acuñaban monedas. ¿A quién se le habrá ocurrido convertirlo en casa de gobierno?, se preguntó también. Tantas preguntas se agolpaban en la cabeza de ambos próceres.

Detrás del neoclásico edificio, cuatro estatuas más los esperaban. La primera en despertar fue la del Ministro Portales. Tras unos movimientos torpes, en los que se quitó el excremento de paloma y el polvo, se llevó la mano a la mejilla, donde había un agujero dejado por una bala.

—¡Mierda, estos conchesumare del demonio! ¿no les basta con hacerme pebre en vida? ¿también le tienen que disparar a mi jodida estatua?

Carrera y O'Higgins se acercaron al hombre de lenguaje soez. Este último exclamó:

—Cuide su vocabulario, ministro. Su lenguaje no es propio de un funcionario de la patria.

—¡Pero si es el carajo de Riquelme! Perdón, ide Bernardo O'Higgins!

—¡Más respeto, Portales! —reaccionó el chillanejo.

—¿Sino qué? ¿qué me vas a hacer? ¡tú ya no tienes ningún poder aquí! Yo hice lo que usted no pudo, ordené a este país hediondo a flojera y alcohol, porque me aseguré de que usted y el atorrante de Freire se quedaran en el Perú y no volvieran más...

—Si hubiese dependido de mí, yo mismo lo hubiese fusilado Portales...

Carrera no los escuchaba. Él volteó al otro lado, a la esquina de Teatinos con Agustinas. Allí solo había árboles, y un monolito que recordaba que anteriormente allí se ubicaba la chacra de los Carrera-Verdugo. Y una oleada de recuerdos se le vino encima. Su hogar había estado allí mismo, justo enfrente del actual

palacio de gobierno. Recordó cómo acompañaba a su madre a la catedral a solo unas calles de allí, y cuando corría por los techos de adobe del Santiago colonial con su amigo de la infancia Manuel Rodríguez.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una ruidosa discusión, a solo unos metros de sus espaldas. No era la que se estaba dando entre O'Higgins y Portales, sino una entre tres figuras que se había reunido en la esquina de Moneda con Morandé. Tres ex presidentes habían despertado, Jorge Alessandri Rodríguez, Eduardo Frei Montalva y Salvador Allende. Imbuido por la curiosidad, Carrera se asomó y trató de seguir la discusión.

—¡Ustedes dos son unos traidores a la patria! ¡traidores y golpistas! ¡no debieran tener una estatua aquí! —acusaba el presidente de los gruesos anteojos, con un oratorio y una gestualidad que rayaba en lo teatral.

—Usted es el verdadero traidor —le respondió el presidente de derecha, Alessandri, un hombre calvo y vestido con un largo impermeable y bufanda—. El traidor que le entregó el país en bandeja de plata a los cubanos y los soviéticos. Nosotros solo salvamos a Chile de una dictadura comunista.

—¡Para entregárselo a la dictadura del traidor de Pinochet! Su legado, caballeros, es el de unos golpistas vendepatria.

—Y el tuyo Salvador, es el del peor gobierno en la historia de Chile. Inflación disparada, desabastecimiento, guerrillas... dividiste a los chilenos —espetó Alessandri Rodríguez. Cuya voz era más bien cansada y plana, como la de un anciano.

—Mi legado es la reforma agraria, la chilenización del cobre y la justicia social...

—Oye, las dos primeras fueron gracias a mi gobierno— interrumpió Frei, pero Allende no detuvo su alocución.

—... Por algo me admiran en todo el mundo hasta el día de hoy. Soy el chileno con más calles a lo largo del orbe. Dejé muchos herederos que defienden ese legado. En cambio, usted, nadie se acuerda de su gobierno, pasó sin pena ni gloria. No dejó un legado, ni siquiera dejó herederos, por razones que todos sabemos ¿verdad, señora Alessandri? —se mofó Allende, haciendo alusión a un viejo insulto de la campaña del '70: la soltería y ausencia de hijos del empresario había generado diversos rumores en la opinión pública.

—No se ponga infantil, Salvador... —lo increpó el empresario.

—Mis disculpas. No debí faltarle el respeto a una honorable anciana —dijo Allende con un tono burlón, y el viejo expresidente reaccionó mirándolo con ira. Estaba a punto de decir algo, cuando los interrumpió Frei.

—Perdóname, pero yo nunca apoyé esa dictadura —afirmó el demócratacristiano, de nariz aguileña y el cabello peinado hacia atrás. Enérgico, pero sin perder la compostura, buscando retomar la seriedad del debate—. Yo estaba a favor de acabar con tu gobierno, tenías el país hecho un caos, Salvador. Por eso apoyé el golpe. Más nunca defendí la tiranía de Pinochet, y menos las violaciones a los derechos humanos.

—¡Pero cuánta hipocresía! ¡apoyas el haberme acuchillado por la espalda, pero no que haya muerto como resultado! —exclamó el socialista—. Está bien, Chile pasó por momentos críticos, condénenme si quieren. Como diría el compañero Fidel, la historia me absolverá. Por algo soy el único de todos los presentes envuelto en la bandera chilena. Símbolo de mi compromiso total con el pueblo de Chile, que me llevó a dar la vida en el cargo. Que me llevó a morir por una causa...

—Yo también di mi vida por liberar a Chile —lo interrumpió Frei, esta vez sí se mostró irritado—. Te recuerdo que la CNI me envenenó...

La discusión duró un rato más, en ambos grupos. Carrera, sin saber qué hacer, se dedicó a contemplar la Plaza de la Constitución. Los edificios que la rodeaban eran cuadrados y sobrios, de algún modo mantenían la elegancia y parsimonia del país que había forjado. Para su deleite, la cancillería, ubicada en la calle Teatinos, era ni más ni menos que el ex Hotel Carrera. Qué mejor homenaje para el líder que inauguró las relaciones diplomáticas con Estados Unidos.

—¡Silencio! —se escuchó gritar, con una voz poderosa, casi como si viniera de un megáfono.

El efecto fue inmediato, las palomas huyeron de las copas de los árboles y las estatuas dejaron de discutir. Todos voltearon a la calle Morandé, de donde había venido el grito. Ante ellos estaba la estatua de otro ex presidente, más alto que todos los demás, vestido de gala y con corbata de moño. De rostro rectangular, y un serio desplante acentuado por las oscuras ojeras que colgaban

de su pétrea mirada. Arturo Alessandri Palma, el único que adornaba el frontis sur de La Moneda, se había bajado de su solitario pedestal ante las fuentes de agua para calmar los ánimos tras el palacio de gobierno.

—Qué vergüenza más grande. Qué pena más grande, mejor dicho —comenzó el León de Tarapacá, a medida que se acercaba a los aludidos—. Todos ustedes, ex hombres de Estado, peleando como unos infantes. Incapaces de resolver sus problemas dialogando. Solo las bestias y las chusmas resuelven sus conflictos a gritos. ¡Y tú, hijo mío! —se dirigió a Jorge, dando fuertes zancadas con cada paso. Su figura proyectaba una autoridad incluso mayor a la de sus sucesores— ¿Qué no recuerdas nada de lo que te enseñé? Créeme que me decepcionas. Te estuve escuchando hablar, y déjame decirte que no calientas ni la sopa icon razón no fuiste reelegido!

—Pero, papá...

—¡Sin peros! En todo caso Allende tiene razón. Todos tus hermanos me dieron nietos, excepto tú. ¡Un buen líder debe ser un macho alfa! Un león que deje muchos cachorros. Lo más conocido que te conocí a un nieto fue ese chico afeminado que siempre iba a tu casa a tomar té, ese tal Jaime Guzmán...

Dicho esto, un nuevo temblor sacudió la tierra, y un intimidante tronar sonó del volcán. Algo estaba a punto de estallar, y el León optó por ir al grano:

—En esta misma plaza firmé la constitución del '25. De ahí su nombre. Ahí resolví muchos problemas, pero luego vino un caos que me costó resolver... Escúchenme bien, chusma inconsciente. El país se cae a pedazos. Esta será la última vez que podremos contemplar la patria que con tanto esfuerzo, sangre, sudor y lágrimas forjamos entre todos nosotros. Lo peor que podemos hacer es gastarnos el día en trifulcas ridículas.

Las estatuas asintieron y guardaron silencio unos instantes. Silencio que interrumpió el ministro Portales.

—El italiano alaraco tiene razón. Será mejor que nos movamos, antes de que la lava nos haga mierda— dijo el exministro.

Las siete estatuas caminaron hasta la Alameda, y luego doblaron hacia el oriente. A paso lento, avanzaron por la principal avenida de la ciudad, procurando aprovechar cada paso.